

ANNA SNOEKSTRA

PEQUEÑOS SECRETOS, GRANDES MENTIRAS

¿Qué ocurre cuando la ambición triunfa sobre la verdad?



¿Qué ocurre cuando la ambición triunfa sobre la verdad?

Un pueblo sacudido por la tragedia.

Un pirómano está suelto en Colmstock, Australia: su última fechoría ha sido quemar hasta los cimientos el ayuntamiento asesinando a un chico que se quedó atrapado dentro.

Una aspirante a periodista desesperada por una buena historia.

Rose Blakey está desesperada. Solo acumula rechazos y más rechazos de todos los periódicos y su trabajo sirviendo cervezas a los policías en la taberna local casi no llega para cubrir el alquiler. Rose necesita una historia, una grande.

Muñecas llenas de secretos.

En las semanas posteriores al incendio del ayuntamiento empiezan a aparecer pequeñas y precisas réplicas en porcelana de la hijas de Colmstock en las puertas de las casas, aterrorizando a los padres y poniendo a prueba los límites ya sobrepasados de la policía local.

Puede que Rose haya encontrado su historia, pero mientras sus artículos son cada vez más leídos la comunidad de Colmstock se vuelve más y más paranoica. Pronto nadie está a salvo de sospecha y, cuando la atención de Rose se fija en un misterioso extranjero que vive detrás de la taberna, los vecinos se volverán unos contra otros y el lado más oscuro de la autopreservación saldrá a la luz.

Para mi hermana

Prólogo

Cuando los primeros hilillos de humo se elevaron en la oscuridad de la noche, el pirómano ya había emprendido la fuga. Las calles estaban desiertas. El juzgado resplandecía con un color naranja apagado y un brillo incapaz aún de rivalizar con el de la luna o los rótulos de neón que anunciaban marcas de cerveza en el bar de enfrente.

El humo no tardó en espesarse. Formaba nubes densas y amenazadoras que se alzaban en columnas, y, aun así, un coche que pasó por allí no se detuvo, sino que aceleró.

Poco después, las llamas anaranjadas se propagaron por el tejado desbancando al humo. El fuego refulgía con tal intensidad que ni siquiera con las pupilas contraídas podía distinguirse la oscuridad grisácea del humo del color negro de la noche. La gente salió a tiempo para presenciar la explosión de las ventanas, una tras otra, en una serie de estallidos secos. El fuego sacaba sus brazos por cada una de ellas y saludaba desquiciado a la muchedumbre que se congregaba.

Las sirenas sonaban, pero nadie era consciente de oír-las. El crepitar del fuego lo inundaba todo, con un gruñido suave y tenue como el ronroneo que emiten los gatos desde el fondo de la garganta. Dos chicas salieron del bar y se incorporaron tarde a la multitud. Una corrió hacia el incendio preguntando si había alguien dentro, si alguien había visto algo. La otra se quedó paralizada, con los hombros encogidos y la mano en la boca.

A la llegada de los bomberos, la calle brillaba como si fuera pleno día. La muchedumbre había retrocedido y los que más se habían acercado estaban empapados en sudor. Todo el mundo tenía los ojos llorosos. Quizá por las cenizas que flotaban en el aire; quizá porque ya había corrido la noticia.

Sí, había alguien dentro.

PRIMERA PARTE

Esta lección a la letra sigue: persevera y persevera.
Si a la primera no lo consigues, persevera y persevera.
–Proverbio

1

Con la mochila rebotándole en la espalda, Laura se apresuró para alcanzar a Scott y Sophie.

—¡Esperadme! —gritó, pero no lo hicieron.

Había titubeado delante del altar espontáneo que había ante los restos ennegrecidos del juzgado: una fotografía enorme de Ben rodeada de numerosas flores y juguetes. Las flores estaban todas secas y marchitas, pero había un gatito de peluche que le hubiera cabido a la perfección en la palma de la mano. Ben no lo necesitaba; estaba muerto. Pero cuando Laura había ido a por él, había levantado la vista hacia la fotografía. Los ojos marrones y acusadores de Ben la miraban directamente. Así que había dejado el juguete y, como los mellizos no la habían esperado, había tenido que correr lo más rápido posible para asegurarse de que no la dejaban atrás.

El sol, reflejándose en el cabello rubio de los mellizos, la deslumbraba. Jugaban a peleas de espadas con unos palos. Corrían por la calle dándose espadazos y dejaban siempre el mismo tiempo entre cada grito de «¡En guardia!». Llevaban el mismo uniforme que Laura, blanco y verde, solo que el de ella ya no era blanco. Tiraba más bien al amarillo pálido porque había pasado por la lavadora, como poco, cientos de veces. Lo había heredado de Sophie, y ella, de su hermana mayor, Rose, al igual que los pantalones cortos.

Pese a que todo lo que tenía era de segunda mano, Laura era única. Se sabía la niña más guapa de la clase de infantil. Su flequillo recto realzaba sus ojos, grandes y de pestañas oscuras. Su nariz era un botón y su boca, un tuli-

pancito rosa. Le encantaban los arrullos y las caricias en la cabeza.

–¡Corre, Laura! –gritó Scott.

–¡No tengo las piernas tan largas como tú! –contestó mientras corría y los zapatitos negros del colegio repiqueaban sobre la acera.

Entonces la vio.

Una abeja.

Trastabilló al pararse. Tenía forma de gominola y las rayas negras y amarillas le daban un aspecto malvado. La abeja zumbaba delante de ella y le cortaba el paso revoloteando alrededor de un arbusto de flores moradas y hojas puntiagudas. Laura se moría por tocarla. Era esponjosa, estaba casi segura. Quería estrujarla con el pulgar y el índice para ver si reventaba. A ella nunca le había picado una abeja, pero a Casey sí, una vez en el colegio, y había llorado delante de todo el mundo. Debía de doler mucho.

Muy despacio, la esquivó, desplazándose con lentitud, como un cangrejo por el borde de la acera, hasta que estuvo a más de dos metros de ella.

Cuando se dio la vuelta, la calle estaba desierta. Sophie y Scott habían girado en alguna esquina y ya no los veía. Si se hubiese parado a pensarlo, seguramente habría sabido por cuál, pero era incapaz de hacerlo. Aquella calle de las afueras parecía hacerse más y más grande y ella se sentía más y más pequeña. El llanto comenzó a subirle lento y pesado por la garganta. Quería gritar y llamar a su madre.

–¡En guardia!

Laura lo oyó alto y claro a su izquierda. Y corrió, tan rápido como pudo, hacia allí.

* * *

Sophie y Scott se pusieron unas camisetas y prosiguieron con las peleas de espadas en el patio trasero de casa. A

Laura no la dejaron participar. No les gustaban los «juegos de bebés», pese a que Laura les había dicho que ya iba al colegio y que, por eso, oficialmente ya no era un bebé. Se sentó en la encimera de la cocina, oyendo los gritos y las risas del exterior mientras miraba los tres platos de galletas saladas que Rose había dejado para la merienda.

Scott gritaba tan alto que lo oía a través de la ventana cerrada.

–¡Muerta!

Vio a Sophie fingir una muerte dramática y violenta. El juego era una tontería; no hubiera querido participar de todas formas. Mientras estaban a lo suyo, Laura alargó rápido un brazo, cogió dos galletas de cada plato y se las metió enteras en la boca.

Las masticó contenta, moviendo las piernas y dándoles patadas a los armarios. El sonido del golpeteo se extendió por la casa. Sabía que se estaba portando mal. De estar su madre, se hubiera metido en un buen lío. Pero siguió con los golpes, intentando dejar manchas oscuras para echarles la culpa a Sophie o a Scott. Aún no tenía claro a quién.

La puerta del dormitorio de Rose se abrió y Laura detuvo las patadas. Los pasos de su hermana mayor retumbaban en el pasillo. A veces, Rose quería hacerle trenzas en el pelo o maquillarla y decirle lo guapa que estaba. «Eres una muñeca», decía. Laura tenía la esperanza de que aquella fuese una de esas veces, pero el enfado con el que Rose caminaba dando pisotones indicaba lo contrario.

–¿Qué tal el cole? –Rose abrió el frigorífico y metió la cabeza dentro, como tratando de absorber el frío.

–Bien. Nina dijo que era capaz de subirse al árbol grande, pero no pudo y se cayó; se dio un buen culetazo.

Rose sacó la cabeza con una lata de Coca-Cola en la mano y miró a Laura. Hizo un gesto con los labios como si fuera a echarse a reír.

–¿En serio?

–¡Chi! –Laura soltó una risita y entonces Rose se rio también.

A Laura le gustaba hacer reír a Rose. Era la chica más guapa que conocía, incluso con el ceño fruncido, como estaba casi siempre. Cuando se reía, parecía una princesa.

–¡Pobre! –exclamó.

Rose dejó de reírse y se llevó la Coca-Cola a la frente.

Laura no contestó. En realidad, Nina no se había caído del árbol. Había logrado subir hasta arriba del todo y después se había pasado toda la tarde alardeando de ello.

–¿Qué era el golpeteo de antes?

–No *shé*. ¿Me haces trenzas, Flor?

–Sabes que no me gusta que me llames así.

–Lo *chiento*.

A veces, si fingía seguir siendo un bebé, Rose le prestaba más atención, pero esa vez ni siquiera la miró. Abrió la lata y le dio un trago. Laura miró los dibujos del brazo de Rose. Le cubrían desde el codo hasta el hombro y parecían pintados a bolígrafo, aunque eran para siempre. A Laura le parecían bonitos. Rose miró la hora y refunfuñó.

–Voy a llegar tarde. Joder. –De un golpetazo, soltó en la encimera la lata, que salpicó unas gotitas oscuras.

Laura ahogó un grito. No sabía el significado exacto de esa palabra, pero sí que era una de las peores.

–¡Me voy a chivar!

A Rose le dio exactamente igual; salió de la cocina y volvió a su habitación para arreglarse. Estaba claro que no iba a hacerle trenzas.

Laura saltó de la encimera.

–Me voy de casa. ¡Y no puedes impedirlo!

Se dirigió corriendo a la puerta principal, la abrió y la cerró de un portazo. A continuación, se alejó de puntillas y en silencio para que Rose pensase que se había ido.

Decidió esconderse debajo de su cama. Se arrastró por el suelo y tiró de la caja de la ropa de invierno hasta quedar oculta detrás. Si se quedaba allí el tiempo neces-

rio, se darían cuenta de que no estaba. La buscarían, y no la encontrarían. Era lo bueno de ser pequeña: poder esconderse con facilidad.

Transcurrido un rato, empezó a aburrirse. Allí debajo olía raro, como a los calcetines de deporte que se ponía toda la semana para las clases de Educación Física. Volvió a salir. Ya se había hartado del juego. Sentada con las piernas cruzadas en el centro de su habitación, mientras decidía si le tocaba jugar con la tortuga de peluche o el perro peludo, advirtió una sombra por la ventana. Alguien se dirigía a la puerta principal de la casa. ¡A lo mejor su madre llegaba temprano!

Salió a todo correr hacia el vestíbulo y abrió la puerta, pero no había nadie. La decepción fue tremenda. Entonces bajó la vista. ¡Le habían dejado un regalo! Se arrodilló para mirarlo, preguntándose si sería un obsequio del espíritu de Ben, como muestra de agradecimiento por no haberse llevado su gatito.

2

Los vaqueros cortos y la camiseta sin mangas que Rose llevaba al trabajo estaban hechos un gurrño en un rincón de su dormitorio. Necesitaban un lavado, pero no se había molestado en dárselo aquel día. Cuando se los puso y los estiró, distinguió en el tejido olor a sudor y cerveza. Al final del turno, apestarían.

Rose se metió el móvil en el bolsillo trasero. Tenerlo lejos le provocaba una comezón en los dedos. Se había pasado todo el día actualizando el correo electrónico, una y otra vez. Le costaba tener paciencia.

Sacó las zapatillas de debajo de la cama. Eran nuevas; las suelas de las viejas se habían despegado de la lona. Unos hilos las habían mantenido en su sitio, pero al tropezar con un barril de cerveza se habían rajado y abierto como una boca donde la parte central del pie izquierdo parecía la lengua. En ese momento tenía unas zapatillas blancas y baratas que ya parecían sucias. La noche anterior le habían hecho rozaduras. Hizo un pequeño gesto de dolor cuando se las puso. Con suerte, dentro de poco, o darían de sí, o se le acostumbrarían los pies.

Rose se hizo una coleta por el pasillo con movimientos de muñeca rápidos y expertos. Al principio, no vio a Laura, que estaba sentada en el suelo dándole la espalda. No era normal en ella estar quieta. Solo lo estaba cuando se escondía debajo de la cama.

Sabía que llegaría tarde, pero aun así se paró. Laura parecía muy pequeña cuando estaba quieta. Sus hombros parecían muy chicos cuando se encorbaba con las piernas cruzadas. Al acercarse, se dio cuenta de que hablaba muy muy bajito con un tono agudo y extraño.

–No, quiero chocolate, por favor. Gracias. ¡Mmm!

–¿Qué haces?

Laura la miró.

–¡Nada que te interese!

Rose se puso de cuclillas a su lado para ver qué tenía en las manos. Era una muñeca antigua, con rostro y manos de porcelana y cuerpo de trapo. No tenía nada que ver con el resto de sus juguetes. Extrañamente, se parecía a Laura: ojos grandes y marrones, y cabello castaño a media melena, cortado recto a la altura de la barbilla.

–¿Por qué le has cortado el pelo? Te la has cargado.

–No se lo he cortado.

–Sí que lo has hecho.

–¡Que no!

–Que sí. Se lo has cortado para que se parezca a ti.

–¡Que no! Estaba así. La dejaron fuera, en la puerta. Me la han regalado.

Rose le puso la mano a Laura bajo la suave piel de la barbilla para que levantase la mirada.

–¿Es una mentirijilla? No me voy a enfadar.

Laura alzó la muñeca delante de ella y volvió a poner un tono agudo.

–Flor está celosa. ¡Eres mía y de nadie más!

A Rose la embargó una sensación rara, la sensación de que algo no iba bien. Pensó en llevarse la muñeca, pero Laura parecía muy contenta con su gemela en miniatura. Se dijo que se estaba comportando como una tonta; claro que no se la habían dejado allí. Debía de habérsela cogido a alguna niña del colegio.

Dejó a Laura jugando y se marchó. Al salir, cerró la puerta mosquitera y metió un dedo por la parte rota de la malla para correr el pestillo. Aunque hacerlo no tenía sentido. Recordaba cuando la había instalado con su madre, hacía años, por seguridad. En esos momentos, ¿cómo iba a protegerlos de los intrusos si apenas lo hacía de los moscardones?

La puerta era como el resto de las cosas de su vida, de aquel pueblo. Cuando la fábrica de coches echó el cierre, Colmstock no tardó en perder fuelle. Antes había sido un pueblo agradable, el más grande de la zona, y, al estar junto a la autovía de Melton, era considerado un buen sitio para hacer noche de camino a la ciudad. Era lo bastante pequeño como para que se forjaran lazos entre sus vecinos, pero lo bastante grande como para no conocer a todo el que pasase por la calle.

En esos momentos, Colmstock era un pueblo arruinado y feo. Sus habitantes habían dejado de ser agradables. Muchos de ellos habían cambiado el salir a tomar algo y hacer vida social por la metanfetamina. La delincuencia había aumentado, se habían perdido empleos y, aun así, la gente seguía como si nada. Parecía como si todo el mundo le guardase una especie de lealtad al pueblo, cosa que Rose no hacía en absoluto. Iba a marcharse de allí. La sola idea la hacía sonreír: dejar de vivir allí, poder aspirar a una vida totalmente distinta. Cuando se dio cuenta de que estaba aflojando el paso, se obligó a dejar de soñar. Dentro de poco empezaría una nueva vida, pero, de momento, llegaba tarde al trabajo.

Se dirigió hacia la calle Union, espantando las moscas de delante de la cara con la mano. Pese a ser pleno día, no se sentía segura yendo sola. Había un camino mucho más rápido, pero implicaba pasar junto a los buscadores de piedras preciosas. Eso jamás lo haría, independientemente de la hora, así que tenía que dar un buen rodeo. Sacó el móvil del bolsillo y volvió a actualizar el correo electrónico. Nada. Su ánimo flaqueó. Le habían dicho que se pondrían en contacto con ella ese día. Era incapaz de seguir esperando. Estaba más que preparada.

Desde niña, siempre había querido ser periodista. Había sufrido muchos reveses; el peor de ellos, el cierre del diario local, *The Colmstock Echo*. Después había recibido un correo donde la informaban de que la habían preselec-

cionado para unas prácticas en el *Sage Review*, un periódico nacional. Una semana más tarde, le comunicaron que había pasado a la siguiente fase. Aun así, había evitado entusiasmarse mucho. Era demasiado bonito, demasiado bueno para que le pasase a ella. Luego, hacía ocho días, ya solo quedaban ella y otro candidato. Ese día, solo ella y el otro aspirante estaban pendientes del correo.

Su amiga Mia estaba convencida de que le darían las prácticas. Rose se había reído y había bromeado sobre si lo había visto en su bola de cristal, pero, en realidad, la había creído. En el fondo, sabía que iban a concedérselas por el simple hecho de que nadie podía quererlas tanto como ella. Era imposible.

Se apresuró a su paso por el lago, rodeado de hierba seca que llegaba a la altura de las rodillas e infestado de serpientes y mosquitos. Apestaba a agua estancada. Al lado, el almacén vacío de un columpio era devorado por la maleza, que crecía con insistencia. Alguien había quitado los asientos hacía unos años y el esqueleto de metal se encontraba abandonado. Rose se preguntaba si los estarían reutilizando en el patio de alguna de las casas cercanas o si los habrían destrozado por placer unos niños.

Rose apartó la vista del lago y apretó el paso, con las suelas de goma de las zapatillas nuevas golpeando contra el asfalto pegajoso. Intentaba no recordar cómo, en otros tiempos, cuando el agua era azul, había estado allí de pícnic con su madre. Su madre, que no había abierto la boca cuando su nuevo marido, Rob James, le dijo que había llegado el momento de que se marchara. Lo aceptó sin más, porque las prácticas eran en la ciudad y, por contrato, viviría a pensión completa, aunque aun así le había dolido.

Cruzó hacia la calle Union procurando no pisar el sapo aplastado en el asfalto. La gente del pueblo invadía el carril contrario con tal de atropellar uno. Y ahí se quedaban, prensados como tortitas, cubiertos de hormigas, hasta